

Santiago, 3 de Noviembre de 1947.

Señor don
Tomás Reyes Vicuña
Presidente de la
Falange Nacional
PRESENTE.

Estimado Presidente:

Junto con agradecer la confianza que ha depositado en mí al mantenerme entre sus representantes en la composición de la Junta Nacional, quiero expresar algunas ideas, que no tendrán por cierto novedad alguna, pero que corresponden a mi modo de pensar.

Nadie ha puesto en duda que los obreros del carbón declararon una huelga legal, que dentro de sus atribuciones dictó el Gobierno el decreto de reanudación de las faenas y que las condiciones económicas contenidas en él satisfacían en parte apreciable las justas aspiraciones del personal y eran muy superiores a aquellas que los empleadores habían llegado a aceptar.

Entiendo que también es indiscutible que, a pesar de esas circunstancias, las directivas sindicales mantuvieron sus instrucciones de no concurrencia a las labores, insistiendo en los aspectos en que el decreto no acogía las peticiones hechas, en que los términos favorables del mismo no habían sido aceptados por las Compañías y en que era necesario consultar a los propios interesados sobre si estaban conformes con regresar a sus labores.

El Gobierno procedió a detener y trasladar a los dirigentes sindicales, a implantar el régimen militar en las minas y a hacer el consiguiente uso de la fuerza.

En virtud de las amplias atribuciones que le habían sido concedidas por la ley de facultades extraordinarias, parece claro que desde el punto de vista de la letra no se ha alterado el régimen jurídico - así lo ha reconocido la propia Corte Suprema.

El problema consiste en determinar si el Gobierno ha procedido con justicia, velando por el interés permanente de la Nación y sin el propósito de servir torcidamente al factor más fuerte en la lucha social y de actuar en contra de los trabajadores de la más penosa de las tareas extractivas y de las armas esenciales de defensa de sus necesidades que se encuentran en la organización sindical y en la huelga.

No se me oculta que el pasado del Presidente de la República está lejos de dar por sí solo suficiente garantía de una actuación acertada, no sólo por su carácter impulsivo, sino por la demagogia con que alentó y se sirvió para escalar el poder del comunismo que ahora combate por las mismas razones que debieron llevarlo a no aprovecharse antes de él.

Sin embargo, un poco de benevolencia hacia la persona que ejerce el mando llevaría a admitir que el hombre fué sincero al confundir hasta hace pocos meses al pueblo con el Partido Comunista y al llamar facista a todo enemigo del comunismo. Pudiera ser así el cambio de su actitud resultado de la efectiva comprobación de actos de traición al país y a las verdaderas conveniencias de las clases desvalidas de plena responsabilidad de esa nefasta organización partidista.

Creo que en la Falange hay todavía quienes han tenido, y aún que todavía hay algunos que tienen, confianza en la limpieza democrática del Partido Comunista, en la sinceridad con que se ajusta en su combate ideológico a la Constitución y a las leyes, y en la pasión de justicia y de bien nacional con que sus directivas impulsan la lucha económica-social. ¿Será mucho ponerse en la posibilidad de que el Presidente haya sido uno de ellos?

Pues bien, la realidad de los propósitos y de la acción del Partido Comunista consiste en exasperar la lucha social, propender a la miseria y dificultar e impedir la producción nacional para servir con eso las pretensiones ideológicas e imperialistas de la Unión Soviética creando un fácil campo de conquista para sus doctrinas, introduciendo la discordia en estos países y debilitando así los elementos materiales y humanos de defensa del único enemigo que teme en la satisfacción de esos objetivos.

Porque todo esto no puede ser olvidado al juzgar la actitud del Gobierno, que, como encargado por su naturaleza misma de buscar el bien común, debe tener por lo menos una presunción, de rectitud y de correcta inspiración en el progreso de la Patria, mas cuando lo forman un conjunto de hombres indiscutiblemente preparados y serios, respaldados claramente por la mayoría de la opinión nacional.

Pues bien, es por desgracia un hecho bien triste que los mas poderosos organismos sindicales, y precisamente los que controlan la región carbonífera, estén ampliamente dominados por militantes activos del Partido Comunista.

En esta situación, es perfectamente concebible que sea cierto que la huelga no estaba planeada tanto para obtener las reivindicaciones que se solicitaban cuando para cumplir las directivas internacionales, que se comprenden en el estado de rivalidad entre dos bloques que por desgracia caracteriza este momento del mundo.

Si ello era así, como tamo, la actitud del Gobierno es digna de ser aplaudida.

Comprendo que nuestra posición es difícil. Por supuesto, que, junto con percibir claramente la dañina intención comunista, comprendemos que son las malas condiciones de vida y las injusticias que sufren los asalariados las que suministran el campo propicio para el crecimiento de la fé en aquello que equivocadamente, por ser distinto, sueñan mejor que lo que tienen. Buscamos una justicia social que destaque la preponderancia del elemento humano, que el trabajo y sus organizaciones representan, y termine con una economía basada en el predominio del capital y del lucro.

Pero nuestro combate tiene muchas vallas que no pu-ede salvar si no quiere ser desnaturalizado y degenerar en algo del todo diverso de nuestra verdadera meta.

Deseo recordar algunos de estos impedimentos porque encuentro que a veces parecen ser olvidados. Son, por supuesto, demasiado sabidos porque entroncan con la esencia de nuestros postulados.

Cuando intervenimos en las luchas sociales, no podemos prescindir de que estamos en la necesidad de conseguir la armonía y la colaboración entre las clases sociales; que junto a los intereses legítimos del trabajo se encuentran también otros legítimos e insustituibles en la vida económica; que el beneficio de un gremio no puede ser logrado con sacrificio de las justas necesidades de otros sectores, y que por sobre las conveniencias de todos hay que dar paso a las de Chile.

Estamos de acuerdo en que muchas de las contradicciones que hoy observamos derivan de la incongruencia del injerto de liberalismo, estatismo y socialismo que presentan las instituciones que nos rigen. Cuando el elemento humano capacitado y orgánico del trabajo acceda plenamente a la dirección de la economía y de la producción, podremos ver chilenos más felices que los de hoy.

Nuestra acción no puede ser ciega y exclusivamente dirigida hacia el alza de los salarios. Menos comprendido siempre que tanto o mas que éstos influyen otros factores y sobre todo esa vivienda infame del pueblo nuestro, hacia cuyo mejoramiento hemos dedicado como Partido nuestros mejores, pero por nuestra debilidad, poco eficaces esfuerzos. Debemos compren-

der del mismo modo que es inútil esta carrera de alza de salarios si conduce a la desvalorización de la moneda, la más gran^{de} y atroz de las injusticias porque siempre la sufre el más débil e indefenso, y que es necesario poner el acento de preferencia en el aumento de la producción, sobre todo a base del reemplazo y perfeccionamiento de métodos, maquinarias y herramientas, que multipliquen y faciliten el esfuerzo del hombre; en la educación del consumidor que sepa defenderse de las alzas y aprovechar al máximo la utilidad de las cosas; en la existencia de precios y controles razonables y eficaces.

En el orden internacional, nuestra posición debe ser clara, valiente, sin ambigüedades. Debemos trabajar primero que nada por la paz. Es inconcebible que poco después de tan tremenda destrucción de hombres y riquezas, se piense en una nueva lucha, que es de temer signifique ya el fin de la humanidad civilizada. En seguida, en lo americano, tiene que ser de comprensión, de íntima unión con los demás países del continente y en especial con los que son nuestros más próximos hermanos en idioma, sangre y fé, porque sólo de esta manera se fortalecerá nuestra debilidad.

Por desgracia el mundo está dividido en dos bloques que aparentemente confían cada vez menos en la opinión mundial y más en su propio poder y en la extensión de su influencia.

Nuestra elección está hecha, sin vacilaciones ni reservas, antes de toda contienda bélica, justamente en esta lucha más importante del espíritu en que Dios ha de permitir que la humanidad sea salvada.

Jamás dudamos estar en contra del facismo, alemán, italiano o japonés. Comprendíamos que no todo era brillo en uno de los lados, pero era necesario impedir que se realizara el daño grave, inminente y próximo para la humanidad constituido por la ambición malsana y demoníaca de Hitler y sus secuaces.

Nuestra actitud debe ser hoy análoga. No todo es, por supuesto, reluciente hacia el lado de Estados Unidos, pero es tan esencialmente superior que a mí por lo menos no me cabe duda hacia donde está mi preferencia de cristiano y de hombre.

Con todas las imperfecciones e injusticias que nadie puede desconocer en lo de hoy, es evidente que resulta peor un régimen destructor de toda libertad y, en consecuencia, instaurador de la máxima injusticia, que priva hasta de la posibilidad de trabajar por algo más tolerable.

Para un cristiano, la elección es también indudable, Hay que aceptar que Estados Unidos no es un modelo perfecto de nación cristiana, pero la moral evangélica ha dejado allí hondas huellas en uno de los pueblos más sanos y bien intencionados que han llegado a la cúspide del poder mundial, que sirve de sostén e un gobierno que, con todas las imper-

fecciones que se quiera, deja actuar los controles que provienen de su opinión pública y no puede ser confundido con las tendencias imperialistas del capitalismo que se mueve en su seno. Entre tanto, en la tiranía atroz del régimen político ruso, sólo se puede contemplar la acción de uno de los poderes auténticamente maquiavélicos que conoce la historia, y el pueblo ruso está imposibilitado para expresar sin trabas su pensamiento, que de seguro no ha de coincidir con la dictadura que le oprime.

En estas circunstancias, nuestra actitud no puede ser indiferente ni menos consistir en exagerar las partidas desfavorables del campo de las democracias occidentales en forma de debilitar la cohesión con que debemos estar unidos a ellas y favorecer así inconscientemente las pretensiones del soviétismo.

La Iglesia Católica así lo ha comprendido y de la manera más categórica se ha declarado en contra de un poder político que la persigue con encarnizamiento, que impide el ejercicio de la libertad religiosa, y que la ha proclamado enemiga. Los pronunciamientos oficiales son abrumadores y si alguien quisiera desentenderse de la autoridad e imparcialidad de las declaraciones del Cardenal Spellman, no lo puede hacer frente a la propia palabra de Su Santidad que en la carta a Truman y en numerosos discursos ha manifestado de modo inequívoco su pensamiento y ha llegado a comparar la lucha en contra del comunismo con la de las Cruzadas. No cabe negar que en lo puramente político y humano la Iglesia es susceptible de error, y más de uno parece haber cometido en la Historia, pero a los católicos no corresponde juzgar las decisiones de la Jerarquía sino someterse a ellas y seguirlas en su letra y en su espíritu.

Es por eso que, en la búsqueda del buen futuro de Chile, de la Humanidad y de la Religión, tenemos que ser tenaces y fieros enemigos de los propósitos del comunismo soviético.

Por ese motivo, no he podido en ningún momento entender por qué hemos participado de la central sindical que está controlada por el Partido Comunista. Me he opuesto siempre a esa intervención.

En el terreno de los principios, las organizaciones sindicales deben mantenerse al margen de la contienda política para que sean instrumentos eficaces en el orden social-económico, porque de otro modo, si se infiltra en ellas la discrepancia partidista, se anula la posibilidad de que cumplan su fin específico. Por no haber respetado este principio esencial, las centrales sindicales se dividieron en dos campos entre nosotros, fruto de la lucha tenaz entre socialistas y comunistas.

En lugar de haber luchado desde fuera y con imparcialidad por la unión de los obreros, tomamos partido y precisamente en favor de los comunistas, con los cuales casi únicamente estamos en ellas en estos momentos. Estimo que éste ha sido un gran error que nos ha merecido con justicia la desconfianza de los sectores anti-comunistas bien inspirados del país.

La izquierda chilena ha perdido el poder porque se dejó dominar por la fuerza antiobrera y antipatriótica del Partido Comunista y porque dejó que las aspiraciones justas de los asalariados quedaran entregadas a las orientaciones dictadas por tácticas foráneas dispuestas en favor del imperialismo ruso.

Con lo anterior no defiendo por supuesto un ciego y estúpido anticomunismo, pero, como precisamente temo que éste nos lleve a la dictadura, sostenida por la fuerza armada y al servicio del egoísmo de los poderosos, estimo que, dejando prevenciones a un lado, debemos unir nuestra acción a la de muchos otros sectores democráticos, algunos de inspiración cristiana, que persiguen el porvenir del país dentro de la libertad y de la justicia.

Todo lo anterior no podrá llevar a la conclusión de que propague la persecución comunista o que no sepa distinguir la mala índole de las directivas soviéticas por una parte y la buena fé de algunos de sus dirigentes y las necesidades evidentes de las masas que inconscientemente las siguen por la otra.

Pero lo que califico como dañino y suicida es que aparezcamos como inocente comparsa de las consignas y tácticas soviéticas, cuando no lo somos, y cuando es, por un lado, inaceptable que se piense que nosotros hacemos demagogia aspirando al apoyo comunista para nuestro crecimiento y, por otro, ridículo que se nos califique de cándidos que esperan doblegar esos propósitos, después de que no lo han logrado otras fuerzas sin la escrupulosidad de medios que caracteriza nuestra acción.

Sin duda que es una gran tragedia que no formemos en un gran partido cristiano, pero debemos conservar su fuerza en nuestra actual debilidad.

Te saluda afectuosamente tu amigo y S. S.